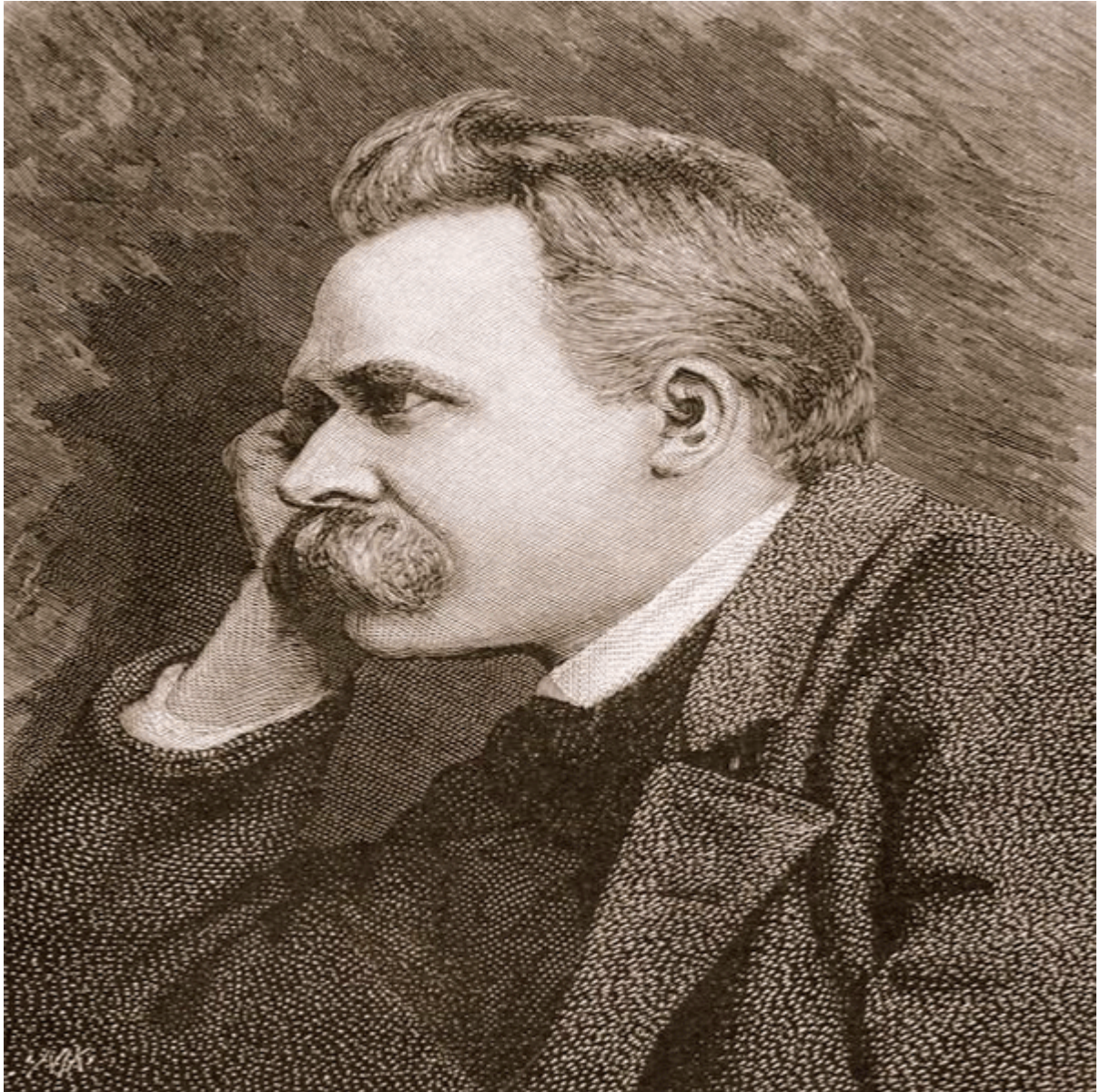

NIETZSCHE POR NIETZSCHE

FRIEDRICH NIETZSCHE



Por eso ella me dio más que al resto de los hombres.

Que no me hablen de cosas ni de cuestiones que no admitan la experimentación. Por mí mismo descubrí que la antigua animalidad del hombre, incluyendo la totalidad de la época originaria y del pasado de todo ser sensible, continuaba en mí poetizando, amando, odiando, extrayendo conclusiones. Me desperté de pronto en medio de mi sueño, pero sólo para tomar conciencia de que estaba soñando y de que necesitaba seguir haciéndolo para no perecer: como precisa el sonámbulo seguir soñando para no caerse.

Cuando busco lo que me es más radicalmente opuesto... encuentro siempre a mi madre y a mi hermana; verme pariente de semejante canalla ha sido siempre una blasfemia contra mi divinidad. Confieso que la

objeción más profunda contra mi pensamiento del eterno retorno... ha sido siempre el pensamiento de mi madre y de mi hermana...

Lo que se relaciona conmigo, dentro de la naturaleza o de la historia, me adula, me impulsa, me da consuelo. Al resto ni lo oigo y si lo percibo lo olvido rápidamente. Siempre permanecemos entre nosotros.

Me parece que para los animales, el hombre es uno de los suyos que ha perdido el sentido común, de una forma peligrosa. Lo ven como un excéntrico que ríe, llora y se consagra a la desdicha.

Me prohibí absolutamente la música romántica. Es un arte ambiguo, que me pone nervioso. No tiene seriedad alguna y apaga la alegría espiritual. Además, fomenta todo tipo de deseos poco claros y envidias innecesarias.

Fue la música romántica la primera que me despertó dudas; empecé a esperar algún músico audaz, mediterráneo y pleno de salud que llevara a cabo la venganza definitiva.

Conozco el arte de pensar en mí como una persona feliz, objetiva, interesada por todo y básicamente llena de salud y perversidad. Eso, en mi opinión es el “buen gusto” del “enfermo”.

Pienso que quien sufre no puede permitirse ser pesimista.

Me asquea relacionarme con personas sombrías que tienen presentimientos. Su permanente dar vueltas, su perpetua cacería sin volar realmente ni cazar nada me parecen ridículas y sin gracia.

No quiero pelear con lo feo ni acusar a nadie, ni siquiera a quienes me acusan. La única negación que admitiré será dejar de mirar. Sólo deseo ser pura afirmación.

Quiero pensar que lo bello en sí es la necesidad de las cosas, de este modo seré uno de los que las embellece.

Aborrezco a aquellos que ven toda inclinación natural como enferma y vergonzosa.

Aprecio las costumbres que sostenemos por poco tiempo: son un método excelente para conocer muchas cosas y situaciones hasta la última instancia de su dulzura y su amargura.

Detesto las costumbres duraderas. El hecho de que una circunstancia se vuelva algo permanente me hace sentir como si se me acercara un tirano o como si la atmósfera se envenenara.

A mi sufrimiento le llamo “perro”. Es fiel, inoportuno, desvergonzado, gracioso e inteligente como ese animal y puedo discutir y arrojarle mi malhumor tal como hacen los demás con un verdadero perro, o con su empleado o con su mujer.

Rafael no pintó cuadros de mártires. Yo haré lo mismo, hay muchas cosas sublimes como para juntarlas con la crueldad. Además, mi amor propio no podría estar satisfecho si me transformara en verdugo sublime.

Para mí las tempestades son un peligro. ¿Sucumbiré a una como lo hizo Cronwell? ¿Me consumiré como una tea sin esperar que me apague el viento, por propio hartazgo? ¿O me soplaré para no consumirme?

Ambiciono mucho, no busco. Quiero crearme un sol propio.

Me pregunto qué espera mi cuerpo de la música. Tal vez sea alivio, para que las funciones animales se aceleren a través de ritmos ligeros, audaces. Desenfrenados y seguros de sí. Para que esta vida de plomo y bronce se dore mediante armonías tiernas y agradables.

No me importa el drama, ni la convulsión de su éxtasis moralizante, esos que dan placer al pueblo. No me sirven de nada el actor y su charlatanería. Mi naturaleza es antiteatral.

Nosotros los apátridas no somos humanitarios, no hablamos de amor a la humanidad, no somos tan cómicos como para ello.

Nosotros los apátridas somos muy variados y mezclados en raza y origen para ser “hombres modernos”, por eso nos sentimos poco proclives a tomar parte en el exceso y engaño que es la autoidolatría racial que se exhibe en Alemania como distintivo de las virtudes alemanas, y que tratándose de un pueblo con “sentido histórico” es falso e inconveniente.

Quienes somos generosos y ricos de espíritu parecemos pozos al costado del camino, damos a todos de beber pero no podemos impedir que nos arrojen sus inmundicias. No obstante, somos muy profundos y siempre podremos mandar al fondo lo que nos arrojan y volver a ser transparentes.

El odio iguala, nos enfrenta, en el odio hay honor, y fundamentalmente miedo. Pero los que no odiamos no tenemos miedo, conocemos las ventajas de vivir sin temor. Es difícil que nos decapiten, nos encarcelen, nos destierren. Ni siquiera quemarán nuestros libros.

Yo, personalmente no quisiera que mi ignorancia y mi temperamento vehemente impidieran la comprensión, amigos míos.

En mi opinión, quienes se ocultan algo a sí mismos y los que creen que se ocultan totalmente a su propia persona, creen que están robando al tesoro del conocimiento.

Evidentemente mi cabeza no está bien colocada sobre mis hombros, ya que todos saben mejor que yo lo que debo hacer. Tal vez todos seamos estatuas a las que se les pusieron cabezas ajenas. Y no lo digo por ti, mi prójimo, tú eres la excepción.

La comedia de la existencia no ha tomado aún “conciencia de sí misma” y todavía estamos en la época de la tragedia, en la época de las morales y de las religiones.

Vivir quiere decir arrojar lejos de sí constantemente aquello que tiende a morir; vivir quiere decir ser cruel e inexorable con todo lo que hay de débil y de envejecido en nosotros, y no sólo en nosotros. ¿Sería, entonces, vivir ser despiadado con los agonizantes, los miserables y los viejos?, ¿ser constantemente un asesino? Y, sin embargo, el viejo Moisés dijo “¡No matarás!”